

# Aspectos epistemológicos de las nuevas patologías

Miguel Matrajt<sup>1</sup>

---

## RESUMEN

Se empieza por distinguir las aproximaciones al concepto de psicopatología de la psiquiatría hegemónica y las aproximaciones psicoanalíticas. Luego se aborda la diferencia entre verdaderas nuevas entidades clínicas y los incrementos de frecuencia de las ya existentes. A propósito de las segundas se señala la diferencia entre incidencia y prevalencia, el origen de los datos y se incluyen las investigaciones del autor así algunas elementos socioepidemiológicos. Hablar de nuevas psicopatologías veras implica integrar los conceptos psicoanalíticos a los cambios sociales. Se hace un breve recorrido histórico de estas aproximaciones: Reich, Primera Escuela de Frankfurt, Adorno, Fromm, los culturalistas y Deleuze y Guattari. Se toman dos ejemplos: las adicciones (tanto las verdaderas como las metafóricas, por ejemplo celular, internet, etc.) y las relaciones virtuales por internet. Se explica un nuevo mecanismo de defensa: la fabulación-convicción.

PALABRAS CLAVE: psicopatologías, fabulación-convicción, socioepidemiología, psicoanálisis y sociedad.

---

**A**l momento de recibir la invitación para participar en este evento, el coordinador del Coloquio me aclaró que como "Nuevas Locuras" había que entender nuevas psicopatologías, e ilustró la idea con algunos ejemplos. El mismo título del Coloquio me puso a pensar acerca de las diferentes

---

<sup>1</sup> Para datos del autor ver pag. Web: CIMPSI.org

definiciones que cada palabra del mismo tiene en función del marco teórico de quien escriba. Para comenzar: ¿estamos hablando de nuevas entidades clínicas, como lo ha sido en otros terrenos la aparición del SIDA o la influenza? ¿O estamos hablando de incrementos de frecuencia de psicopatologías ya existentes? ¿O simplemente de aparición en los consultorios psicoanalíticos de problemas que antes los colegas no veían? Es posible que las tres cosas sean ciertas, particularmente las dos últimas. El segundo elemento del título, las psicopatologías, abre enormes brechas entre los especialistas. Para la psiquiatría hegemónica, síntoma (a veces mal llamado síndrome) y enfermedad (o trastorno) son casi sinónimos (DSM IV). Para nosotros los psicoanalistas la psicopatología se define por un proceso estructural subjetivo (noción de evolución en el tiempo) (Matrajt, Miguel, 1987 y 1991).

Empecemos por el aumento del número de casos, distinguiendo dos conceptos centrales en salud pública: incidencia y prevalencia (Matrajt, 1991). La incidencia se refiere a la consulta a un servicio o un sistema de salud de personas con psicopatologías semejantes. Pero esta consulta no refleja la situación real de un trastorno en el conjunto de la población, ya que múltiples causas pueden hacer que los aquejados no soliciten atención. Desde la más elemental, la ausencia en una ciudad o región de centros que atiendan ese problema, hasta dificultades económicas para allegarse al servicio o impedimentos de tipo sociocultural para que el sujeto reconozca que tiene un padecimiento y/o quiera asumir la vergüenza o el estigma social de acudir a un especialista. La incidencia es reportada por los especialistas o los sistemas de registro de los servicios. Por supuesto, no tiene mayor valor para saber cuál es la situación de la salud mental en una región dada ni cuál es la distribución socioepidemiológica de un trastorno. La prevalencia es la cantidad real de sujetos aquejados por un trastorno que existe en una sociedad. Es

el parámetro imprescindible para hablar de “Nuevas Locuras”. Obviamente la prevalencia exige de investigaciones llevadas a cabo directamente en muestras significativas de la población. En esta presentación nos remitiremos a los datos de prevalencia.

Frecuentemente los psicoanalistas (con algunas excepciones) confunden en la práctica ambos conceptos, creyendo que lo que aparece en su consultorio es un reflejo de la realidad, cuando en rigor de la verdad son datos de incidencia sesgados por el diminuto universo de la población que conoce y acepta sus servicios. Cuando utilizan con propiedad estos conceptos suelen caer (nuevamente, con honrosas excepciones) en otra confusión: toman como base los datos de investigaciones realizadas por colegas de otras orientaciones, habitualmente de la psiquiatría hegemónica, o sea llevadas a cabo de acuerdo a paradigmas teóricos muy diferentes, las más de las veces totalmente opuestos a los suyos. Esto no significa que no haya habido, en el último medio siglo, algunas investigaciones socioepidemiológicas realizadas con un marco teórico psicoanalítico (marco teórico, no metodología clínica, son dos cosas muy distintas), incluyendo las del autor de estas líneas, quien entre 1980 y 1986 realizó una investigación en la República Mexicana de casi 17,000 casos (Matrajt, 1987), y, posteriormente otras investigaciones de prevalencia en universos específicos (Matrajt, 1991). La mayoría de las investigaciones señala que hay una diferencia socioepidemiológica marcada en por lo menos las neurosis (concepto que los psicoanalistas mantenemos, pero no así la psiquiatría hegemónica), las enfermedades psicosomáticas (*idem* anterior), las adicciones y, aunque discutible, en las depresiones. Y que esas diferencias de distribución y correlación con otros datos sociales está en función de: I: región, II: tipo de organización social, III: estructura ideológico-cultural, IV: momento histórico-evolutivo, V: clase social y capa de clase, VI: cohorte de edad, trabajo,

género, estado civil, etc. Ya este dato incontrovertible de diferencias socioepidemiológicas nos obliga a revisar aspectos básicos de nuestras teorías psicoanalíticas. Al respecto volveremos más adelante.

Cuando hablamos de nuevas psicopatologías, ¿nos referimos a nuevas enfermedades verdaderas o a nuevos síntomas de psicopatologías ya abordadas por nuestra disciplina?

Voy a plantear dos ejemplos de ambos casos.

Comencemos por nuevos síntomas, cuya frecuencia y/o aparición en los consultorios psicoanalíticos se ha incrementado, pero que no constituyen nuevas entidades psicopatológicas. Por un lado están las nuevas drogas. Las drogadicciones han existido desde que hay memoria histórica. Del alcohol, amanita muscaria, amapola, alucinógenos varios, etc. hay evidencias todavía en pinturas rupestres. En las últimas décadas asistimos a un enorme incremento de su prevalencia, motivada por diferentes factores, entre los que destacan la profunda crisis de las estructuras sociales y la aparición de drogas a precios accesibles para vastos sectores de población para los que antes era impensable. Son las adicciones veras. Yo defino operacionalmente adicción (Matrajt, 1980) a la dependencia de un agente químico externo para lograr un determinado rendimiento psíquico. Este último puede ser predominantemente intrapsíquico (como ansiolítico, como antidepresivo, como hipnótico, etc.) o un vínculo interhumano (hablar en público, tener relaciones sexuales, tocar un instrumento musical, etc.). Las así llamadas drogas suelen tener efectos semejantes tanto en animales de experimentación como en las diferentes personas que las consumen, voluntarios incluidos. Mucho se ha escrito acerca de los mecanismos sociales y subjetivos que intervienen en este fenómeno, y que podrían explicar, por lo menos parcialmente, el aumento en la prevalencia y la extensión a otras regiones y capas sociales, pero escapa a los

objetivos de este Coloquio extenderse al respecto. No descarto que para otros fines los colegas utilicen el vocablo en sentido figurado. Así tenemos que se habla de adicción (o dependencia) al teléfono celular, a la computadora, a internet, etc. Estas pseudoadicciones son defensas sustitutivas-restitutivas frente a la idealización del individualismo, al creciente aislamiento social, a la pérdida de lazos sociales significativos y a la disminución de proyectos importantes, particularmente los que impliquen soluciones grupales o colectivas más amplias. Constituyen una ilusión (en la doble acepción de la palabra: lo ideal y lo falso) de (re)conexión social, una re inserción neurótica ligada al narcisismo primario. Pero son también, al decir de Deleuze y Guattari (1975), una forma de insertarse en los circuitos accesorios de producción consumo.

En cambio algunos vínculos por internet constituyen un fenómeno nuevo, cercano al concepto de "nueva locura" que plantea la convocatoria a este Coloquio. A los efectos de esta presentación me voy a referir a dos tipos polares de vínculos virtuales. Por un lado están las relaciones con fotos y/o videos. Tienen algo de común (y mucho de diferente) con las alucinaciones. Estas últimas suelen ser definidas, en los textos de consulta, como la percepción de un objeto que no existe. Enrique Pichón Rivière (1975) redefinió el concepto: la alucinación es el vínculo con un objeto alucinado. El objeto alucinado es un soporte de proyecciones, es una irrealidad en la que el sujeto cree sin admitir dudas, es una relación con un algo externo imaginario pero en cuya existencia no se abriga la mínima reserva. Es vivido como un vínculo entre el sujeto y un objeto exterior, sin percibir que todo el proceso es intrapsíquico. Las relaciones señaladas con fotos y/o videos no suponen, ni remotamente, una tal pérdida del sentido de realidad. El sujeto sabe perfectamente que ese objeto es una foto o un video, pero lo utiliza igualmente como soporte de proyecciones, a pesar de que ese objeto es siempre

idéntico a sí mismo y carece de autonomía. El fenómeno se puede entender como una manifestación de ecuación simbólica. Se conoce como tal a esa situación ambigua y pendular en el proceso de simbolización en la cual el símbolo se confunde con la cosa simbolizada. Este fenómeno no tiene nada de nuevo, no lo podríamos inscribir en el sentido de "nueva locura".

En cambio, los vínculos virtuales son totalmente nuevos, no sólo porque la tecnología que los propicia lo es, sino por los mecanismos subjetivos que se ponen en juego. Es una relación intersubjetiva, con un alto grado de proyección, pero en la cual se ponen en marcha dos personas completas, con sus respectivas historias singulares, sus conflictos inconscientes y sus acciones reales. Los protagonistas de estos vínculos tienen autonomía, o sea no son idénticos a sí mismos, asumen un rol que puede ser cambiante, y cuyas respectivas conductas (conducta en el sentido de Lagache y Bleger, 1964) no responden totalmente a los deseos ni a las acciones del otro. Es un vínculo en dos direcciones, lo cual transforma conceptualmente al primero, el vínculo, concepto psicosocial, en relación intersubjetiva, concepto psicoanalítico. En mi experiencia clínica estos espacios cibernéticos se emplean, predominantemente, de dos maneras distintas. O como formas de búsqueda de pareja, con la intención de que devengan en encuentros reales y continúen como parejas, o como encuentros sexuales. Esta última forma estuvo precedida, hace unos años, por encuentros telefónicos pagados. La forma actual es gratuita (por lo menos la que practican mis pacientes) y satisface a ambas partes. Más allá de las consabidas motivaciones de "comodidad" y de respuesta alienada a las destrucciones de los lazos colectivos, he encontrado que se ponen en juego los siguientes mecanismos subjetivos:

I: es una realización recíproca del narcisismo. El otro deviene en espacio de realización del narcisismo secundario propio (Freud 1950).

II: es una negación (renegación, repudiación) de la soledad, de la impotencia a mantener lazos sociales y a la devaluación (Guattari, 1976). Pero es un mecanismo que simultáneamente actúa como defensa consciente, en tanto garantiza la distancia y el anonimato (Matrajt, 1997).

III: cada uno de los protagonistas sabe que cuenta con el anonimato ("impunidad del pecado") y el control absoluto de la terminación de la sesión y/o del vínculo. Es suficiente con apretar una tecla y se cierra la sesión, con apretar otra y desaparece para siempre la relación con su *partenaire* sexual. Este control se asemeja a lo que Freud describió como falta de acceso a la motilidad en el sueño. En este último, esta distancia con la realidad relaja las censuras. En el caso que nos estamos refiriendo ocurre lo propio, lo cual permite la emergencia de fantasías y prácticas prohibidas, frecuentemente vivencias y acciones que el sujeto jamás se había permitido.

IV: Se pone en marcha un mecanismo de identificación proyectiva. Cada protagonista pone (atribuye, proyecta) en el otro aspectos propios (Kernberg 1990). Es una forma evacuativa de desprenderse de ansiedades insoportables (Winnicott, 1974, Matrajt, 1992)

V: cada protagonista tiene un control casi absoluto de la información propia que proporciona al otro. De esta manera *fabrica* una identidad (maravillosa, sádica, de víctima, etc.) en la cual se puede meter (puede asumir) en forma programada, manipulable y reversible (Guattari, 1994). Juega a ser lo que sabe que no es, y parcialmente llega a creerlo, cuando menos durante el intercambio. Hay un fenómeno pendular entre proceso primario y secundario.

VI: se produce en ambos protagonistas una situación que en lo manifiesto es una escena simétrica invertida en relación con otra escena, esta última inconsciente, sumamente intolerable para el sujeto. En la escena manifiesta hay una

repetición de situaciones antiguas que perduran en lo inconsciente, pero con una inversión en los roles. Si en la escena original el sujeto sufre de devaluación, maltrato o humillación, en la que repite ocupa un papel exactamente opuesto, casi idéntico al que originalmente tuvo su agresor. Es una defensa ligada a la compulsión a la repetición, ya que si bien le procura al sujeto una cierta liberación del sufrimiento, este alivio tiene corta duración y exige nuevas repeticiones.

VII: desde hace años he estado proponiendo un mecanismo nuevo de defensa que he titulado ***fabulación-convicción*** (Matrajt, 1998). Inicialmente lo he señalado como característico de lo que los psicoanalistas denominamos psicopatía o sociopatía. Este mecanismo, muy ligado a la escena simétrica invertida que acabamos de describir, requiere, como condición *sine qua non*, la presencia de alguna persona en la realidad, a la que se le hace jugar un determinado rol y ejecutar una determinada acción. Se arma una escenificación, durante la cual el sujeto es dramaturgo, actor y escenógrafo al mismo tiempo, a sabiendas de la falsedad de su tramoya, y en la que la "víctima" cree completamente sin darse cuenta de la ficción. Por ejemplo el mitómano que requiere de alguien que le crea –que asuma el papel del tonto– para asegurar una efímera vivencia de ser muy listo, o el exhibicionista que necesita de alguien que se asuste para negar la vivencia de castración. Los sujetos que tienen relaciones sexuales virtuales no son psicópatas, sólo comparten este mecanismo subjetivo. La ***fabulación-convicción*** es un mecanismo, que, a diferencia de cualquier otra técnica del Yo, bascula entre consciente e inconsciente, oscila entre creer y mentir, entre actuar y vivir. El sujeto construye conscientemente una situación, una ambientación, y esa situación es la que sirve de sostén para sus conflictos inconscientes (Matrajt, 1999).

VIII: hay una evidente cosificación del vínculo (Pichon Rivière, 1975). El otro queda casi despersonalizado, transformado en una cosa al servicio de todo el



entramado subjetivo que estamos describiendo, entramado cuya complejidad es negada, travestida en inocente búsqueda de placer sexual innovador.

Estos mecanismos de fabulación-convicción no son patológicos en sí mismos, sino pueden usarse para múltiples actividades. Por ejemplo, en muchas artes (cine, teatro, danza, etc.) son la condición para que el espectador se incorpore plenamente a la ficción. Hay por lo menos dos técnicas que han sido muy útiles, como complemento del psicoanálisis convencional, en los que la fabulación-convicción hace un aporte fundamental: el psicodrama y la psicoterapia individual y grupal con alucinógenos, en la que he trabajado en Buenos Aires por más de diez años.

La existencia de nuevas locuras y/o de una modificación radical en la prevalencia de las ya existentes nos obliga a reformular muchos aspectos de las teorías psicoanalíticas, ya que el concepto freudiano de tercera serie complementaria no parece suficiente para dar cuenta de todos estos hechos. Casi desde el comienzo del movimiento psicoanalítico hubo pensadores que señalaron la necesidad de concederle a las determinaciones sociales un lugar mucho más importante en nuestro discurso teórico, descentrándolo de la novela familiar, sin apuntar a la desaparición de esta última. Sin pretender hacer una cronología exhaustiva me limitaré a señalar algunos planteos que considero hitos fundamentales.

W. Reich (...) propone, sin desarrollar la idea a fondo, una producción social del deseo, sin reformular la idea freudiana de este concepto. Fromm, Adorno, (...) y la primera escuela de Frankfurt, postulan, como lo harán posteriormente los culturalistas, una producción social del ideal del yo. Fromm va mucho más lejos al enunciar su teoría del carácter social. Fiel a la idea psicoanalítica de carácter, revoluciona su determinación: afirma que éste es socialmente producido, a los

efectos de que el sujeto pueda incorporarse sintónicamente a los trabajos que le serán encomendados. Hay una serie de investigadores que buscaron una mayor integración de las ideas de Freud y Marx. En mi modesta opinión el punto más alto de este recorrido es la obra de Deleuze y Guattari (1975, 1980, 1976). Filósofo el primero, psicoanalista el segundo, afirman la producción social de la subjetividad, más exactamente de las subjetivaciones. Guattari habla de un equipamiento colectivo de las subjetivaciones (1994, 1989), cuyo objetivo es crear las carencias, los deseos, las aversiones, los conocimientos y desconocimientos, en una palabra los dinamismos inconscientes para que el sujeto se pueda integrar a los circuitos centrales (y si esto no es posible a los accesorios) de producción-consumo, aceptando acriticamente su encomienda social y el acatamiento al poder (Barembly, 1998).

Regresando al mecanismo que propuse, la fabulación-convicción, quisiera ejemplificarlo con un caso clínico, publicado en *Subjetividad y Cultura...*

*"A finales de los setentas, Anny se comunica conmigo para pedir una cita para terapia de pareja. Acuden puntualmente, y el aspecto de ambos me impresiona hondamente. Él es un hombre mayor, muy inteligente y lúcido, y todavía muy vigoroso, con mucho aplomo y hábitos de quién está acostumbrado a mandar. Ella es una joven espectacularmente hermosa. En los inicios de la sesión confirman lo que aparentan. Gabriel tiene setenta y dos años, es uno de los caudillos de la vieja usanza más ricos y poderosos del país, ex militar, ex funcionario de varios puestos federales importantes y ex gobernador de su estado natal, en el cual conserva, todavía, más poder que los propios gobernadores en ejercicio. Muy inteligente pero poco culto, sabe alternar maneras educadas frente a sus interlocutores con formas violentas y groseras. Se sabe temible, y eso lo enorgullece; es fácil deducir que para este hombre el ejercicio arbitrario del poder constituye uno de los meridianos centrales de su*

*narcisismo, y que, por lo tanto, actuar discrecionalmente y someter a su voluntad a los demás constituye una gimnasia cotidiana sin más objetivos que satisfacer su autoestima. Se ufana y hasta declara públicamente haber sido responsable de muchas muertes, en un gesto desafiante que lo convierte en un personaje escapado de las narrativas de García Márquez. Su historia pasada parece no pesar en su conciencia, sino sólo en las precauciones de su fuerte escolta personal, que lo acompaña a todos lados. Anny es una mujer de veintiún años, sorprendentemente inteligente y madura, proveniente de una familia provinciana de padre norteamericano, con una buena educación y finos modales, que, esporádicamente, alterna con risotadas y frases vulgares, como forma de reaseguro y advertencia velada a sus interlocutores. Con ojos color mar Egeo, y movimientos gatunos, se sabe poseedora de una gran capacidad de seducción. Totalmente bilingüe, suele leer buena literatura y es sensible al arte, lo cual constituye, simultáneamente, motivo de burla pero también estímulo para su marido. A los 18 años comienza una carrera poco exitosa como modelo, con dudosa reputación, enfrentando la oposición de sus padres, por lo cual decide migrar a la Ciudad de México. Aquí conoce a Gabriel y se casan hace casi dos años. Para Gabriel el presente es su tercer matrimonio legal: se divorció de su primer esposa y enviudó ("por causas naturales, Dr., aunque Ud. no lo crea") de la segunda. Sabe perfectamente que Anny no lo ama, y ésta no intenta fingir. Ambos mantienen una relación de buenos compinches en la que no falta el cariño y el gusto por estar juntos, pero para la cual los condimentos sine qua non son el dinero de él y la belleza de ella.*

*Por economía de espacio, omitiremos en el presente escrito los motivos de consulta y las vicisitudes de la terapia llevada a cabo, para centrarnos en la perversión que se describirá y analizará en los párrafos siguientes.*

*Cada siete u ocho semanas se trasladan todos -guardias inclusive- a alguna ciudad del sur de USA, variando su destino. A una indicación de Gabriel, Anny acude sola al lobby del hotel (de cinco estrellas, por supuesto) a conquistar a algún hombre negro. No suele costarle trabajo hacerlo y lo invita a su cuarto, donde aparentemente están solos. Allí comienza una larga etapa de juegos sexuales, observados atentamente por Gabriel desde dentro de un closet, sin que el galán se dé cuenta. Cuando este último está a punto de realizar la penetración, Gabriel sale de su escondite, llama a sus guardias que expulsan al galán del cuarto con lujo de violencia, y queda la pareja a solas, momento en que el marido tiene relaciones sexuales con Anny. Dada la fortuna y el poder de Gabriel de nada sirven las protestas del frustrado Don Juan, ni ante la gerencia del hotel ni ante las autoridades policiales.*

*Los antecedentes infantiles de Gabriel son por demás elocuentes. Siendo un bebé, único hijo de la pareja, sus padres se trasladan a un estado norteamericano, muy cercano a la frontera con USA. A los pocos años el matrimonio de sus padres acusa signos de funcionar mal; el padre, pequeño comerciante local, es un hombre con personalidad muy débil, y desde nuestra óptica, con fuertes tendencias homosexuales latentes. La madre es una mujer muy manipuladora, francamente sociopática, que desprecia al marido aunque lo necesita y lo usa. Ella tiene un amante negro norteamericano, que, dos veces por semana, cruza la frontera para mantener relaciones sexuales con la mamá de Gabriel. El niño es obligado, frecuentemente, a acompañar a su madre, para servirle a ésta de excusa, y se le obliga a aceptar explicaciones que él sabe que son falsas. La madre no se esfuerza en mentir con esmero; más aún, muchas veces acompaña su mentira con risas de burla frente a la aparente ingenuidad de su hijo, quien acepta sin desmentir ni cuestionar, movido por el miedo a su progenitora, que sabe cruel y vengativa. Complemento de esta actitud*

*de la mamá, es el habitual descuido que permite a Gabriel observar, en no pocas ocasiones, la relación íntima de los amantes. Gabriel afronta una triple humillación: la de su padre, que hace propia por identificación; la de la imposición de la mentira, que es vivida como ejercicio sádico de poder, y la de ser muy pequeño e impotente en relación con el musculoso amante de su mamá, a quién el niño quisiera sustituir en el lecho sexual. La situación no se reduce a los cuatro protagonistas centrales de la historia. En tanto viven en un pueblo pequeño de principios de siglo, las aventuras de la madre son conocidas por muchos y comentadas por todos, siendo el niño objeto de nuevas burlas por parte de compañeritos de escuela.*

*Actualmente es un hombre de buen humor, que fácilmente lo troca en explosión de cólera. Su enojo sordo es igualmente temible que sus arranques volcánicos. No carga sobre su conciencia las golpizas, asesinatos e injusticias a las que hizo objeto a débiles y poderosos, simplemente porque carece de eso que llamamos conciencia. En la escala de valores de Gabriel la ambigua noción de justicia no tiene mucha cabida, remplazada por el nítido concepto de triunfo. Ser más poderoso, más listo y más peligroso que otros constituye el máximo objetivo de su existencia. Por momentos su afabilidad y su búsqueda casi compulsiva de diversión se transforman en reflexión. Su rostro entonces se torna serio como un revólver, frunce su entrecejo cuando se zambulle en su interior, se da un tiempo para meditar y cuando emerge, enuncia, lentamente, conclusiones que poseen la solemnidad de la precisión. Sólo acepta que cometió un error por los mismos motivos que puede pedir una disculpa: cuando ambos gestos confirman y realzan su poderío, que, de tan grande, admite la generosidad. Gabriel sabe conquistar adhesiones y admiraciones. Detecta en los otros el olor del miedo y la obsecuencia con la sutileza de un sabueso. Pendula entre el regalo espléndido y la amenaza con artesanal maestría. Se postula,*

*silenciosamente, como el modelo a seguir, para todos aquellos pichones de autócrata que no tienen escuela de tal, ni padrinzgos significativos.*

*La personalidad de Gabriel adulto, perversión incluida, pareciera ser una situación simétrica invertida en relación con esta etapa infantil. Su compulsión a ser poderoso y temible es la búsqueda de una situación simétrica invertida en relación con su niñez endeble y humillante. Esta última va a perdurar en su inconsciente como un gusanito que corroe y percute. El antídoto para ese veneno que hace un efecto cáustico sobre su autoestima es posicionarse como jefe cruel. Siendo púber encuentra que la carrera militar le permitía, imaginariamente, el acceso a una fuerza y un poder de los que carecía, y a la posibilidad de trasponer la situación de ser delezñado por los demás. Es ésta su primera fantasía de escena simétrica invertida. Con mezcla de mucha paciencia y mucho estoicismo tolera las condiciones de la vida militar en una época de constantes guerras civiles y demás tipo de enfrentamientos. La natural inteligencia de Gabriel, aunada a un tremendo poder de observación, hacen de este joven un observador sagaz de la realidad circundante, a la que aprende a analizar, predecir y controlar muy precozmente. Una feliz combinación de cargas de caballería que realiza eficazmente, con alianzas y traiciones con otros oficiales, lo llevan, en treinta meses, del rango de mayor al de general de división. Allí percibe, con genialidad a pesar de su juventud, que la correlación de fuerzas le era adversa para aspirar a la presidencia. Rápidamente, entonces, ofrece apoyos y brinda lealtades a los que tendrán éxito, abandona el mando de tropas y troca sus aspiraciones presidenciales para convertirse en rico caudillo local. Es así que de general de caballería se convierte en general de ganadería, dueño de varias haciendas prósperas, y posteriormente en gobernador de su estado. Poco a poco, se irá haciendo también general de industrias, general de finanzas y de hotelería. Ya desprovisto de poder militar, es invitado a ocupar puestos en la administración*

central, que desempeña con igual fidelidad a los poderosos de turno, con lo cual su propio poder va en aumento, sin comprometer su seguridad al no ser amenaza para nadie de los que está arriba. Por el contrario, deviene en acreedor de favores y poseedor de secretos comprometedores. En este periplo que parte de su segundo año de carrera militar, en que probó el gusto por el ejercicio del poder con los cadetes del primer año, hasta la situación actual, la práctica de la autoridad fue constituyendo el nutriente principal del narcisismo de Gabriel. Constantemente se ve tentado a medir el grado de poderío, haciendo actos de sadismo y arbitrariedad extrema, o difundiénolos con un desparpajo que nunca cae en la imprudencia. Su inteligencia para no dejarse embriagar por el poder, para no incurrir en temeridades y para consolidarlo con una fortuna creciente constituye otro de los baluartes de su autoestima. Muñido de todos estos logros, el antiguo niño inerme ante las burlas y humillaciones de su madre, del amante negro y de los habitantes del pueblo, queda sepultado en las profundidades de su memoria, bajo el peso del actual hombre implacable. Sepultado pero no muerto, ese niño frágil retorna a su conciencia una y otra vez, bajo la forma de un malestar corrosivo que se torna intolerable. En esos momentos Gabriel debe proyectar su parte infantil inerme en una víctima propiciatoria, y hacerlo objeto de su sadismo humillante. Los últimos años, y motorizado por su declinación sexual, la vacuna contra la devaluación psíquica adquiere formas menos sutiles y menos simbolizadas, consolidándose el acto perverso. Este último contiene sin grandes cambios y sin grandes sublimaciones, los elementos originales de su conflictiva vital, Edipo incluido.

La perversión es una forma mágica de resolver una herida del pasado. Para empezar, nos explica por qué Gabriel se había casado legalmente con Anny, en lugar de tomarla como concubina temporaria, como tantas veces lo había hecho con innumerables mujeres. Gabriel necesitaba, para que Anny le evocase a su mamá, que

la primera tuviese estatus de esposa legal. De esta forma, Gabriel, identificado con el padre, hacía jugar la escena en forma semejante a aquella que participó en la génesis de sus desdichas, hasta un punto en que, bajo el imperio de su voluntad, el curso de la acción se modificaba -se invertía- radicalmente en relación al original angustiante. En esta ocasión Gabriel-papá es quien engaña y controla, quien maneja todos los hilos y quien accederá finalmente al coito con la esposa-madre. Todo el acto perverso es una ambientación (reflejo de una estructuración plástica del conflicto inconsciente) manipulada mágicamente por Gabriel. En esta ambientación los personajes del pasado y del presente se confunden, la realidad vivida muchas décadas atrás se superpone a la fantasía inventada en la actualidad, el creador de esta ficción cree en la misma, el mecanismo defensivo que hemos denominado **fabulación-convicción** se posesiona de la subjetividad del paciente. Anny, investida con el rol de mamá, es una pieza en el tablero, una marioneta obligada a actuar un papel, con lo cual satisface dos aspiraciones de Gabriel: le confirma lo poderoso que él es, y la hace someterse a las humillaciones retaliativas a las que la madre de nuestro paciente escapó.

Anny juega un papel secundario, de apoyo, en la escenificación de la perversión. Es soporte de las proyecciones de su marido. Ella no disfruta la situación, que, por repetitiva, deviene aburrida. Anny no participa de la historia ni de las defensas psíquicas de Gabriel, no cree en la tramoya montada, y, en el fondo, se siente profundamente humillada. En la escenificación deja de ser mujer para ser un cuerpo robotizado por su marido. La pauta estricta de los pasos la priva de toda inventiva, de toda mismidad. Sabe que no tiene opción, cualquier negativa o maniobra dilatoria (para Gabriel sería castrante) haría peligrar su matrimonio. Se advierte, aunque nunca lo aborda directamente, que toda la situación conyugal la deja inquieta. Está inundada por las dudas. ¿Cuánto deberá esperar para ser la



*heredera? ¿Llegará a serlo, o es éste un nuevo juego cruel de Gabriel, que saltará a la hora de abrir su testamento? El tiempo, que transcurre tan perezosamente, ¿no le estará jugando otra burla cruel? ¿Seguirá siendo bonita y vital a la hora de recibir el ansiado premio? ¿Cuánto habrá pagado en realizaciones marginadas?”*

La fabulación-convicción en nada se parece al concepto de escisión del yo de Freud (1950), ya que, en nuestro caso, estamos planteando una pendulación entre consciente e inconsciente. Tampoco a la noción de lo imaginario en Lacan (1970, 1982), a la de falso self de Winnicott (1974) ni a la personalidad fronteriza de Kernberg (1975, 1990). La obra de Lacan parte de una postura filosófica-ontológica del ser en la falta, por la cual la carencia es un constituyente inmanente de la existencia humana y fundante del psiquismo (Baremlitt, 1998). Para este autor lo imaginario es un mecanismo universal para eludir el sufrimiento generado por esa falta, falta de naturaleza existencial, y está situado exclusivamente en el inconsciente. Desde nuestra aproximación teórica, el ser es una producción material de las condiciones del entorno, particularmente las sociales, por consiguiente las carencias no son intrínsecas al ser sino están socialmente producidas. Además, el mecanismo que postulamos no es universal sino es propio y específico de un grupo de situaciones vitales sanas o enfermas y se caracteriza por esta oscilación entre consciente e inconsciente. Winnicott -que utiliza frecuentemente self y ser como sinónimos- va cambiando en el devenir de su obra, hasta conferir al falso self un estatus de mecanismo universal del psiquismo, que adquiere calidad de patológico sólo en función del grado y de la eficacia social. Atribuye al falso self un sentido adaptativo, desprovisto de contenidos agresivos, cuyo origen es una madre incapaz de ofrecer a su bebé el continente emocional y la línea evolutiva necesarias. Al igual que el psicoanalista francés, el teórico inglés sitúa topográficamente estos fenómenos en el espacio inconsciente. Ya hemos

planteado nuestra posición en relación al aspecto tópico; acerca de los contenidos, volveremos unos párrafos más adelante. Kernberg modifica el tradicional concepto de que los trastornos fronterizos se caracterizan por el fácil tránsito de la neurosis a la psicosis. Este autor los redefine como una constelación semiológica que responde a una serie de mecanismos etiopatogénicos específicos. Entre éstos, Kernberg subraya la escisión, la identificación proyectiva, la idealización primitiva y la negación, así como una especial labilidad del yo, que hace que estos pacientes se inunden de ansiedades psicóticas que no pueden tolerar ni manejar (claras semejanzas con la postura de Socarides, 1994, ante las perversiones), lo que los lleva a buscar compulsivamente la actuación como mecanismo defensivo. El teórico austriaco-chileno formula una aproximación etiopatogénica basada en la incapacidad de integración de los estados yoicos primitivos. Ni él ni los demás autores que hemos mencionado dan cuenta de un mecanismo clínico tan particular que, sin ser privativo, es característico de los sociópatas: la necesidad de creer en una fabulación autoconstruida pero que requiere de apoyo externo. En este caso hay un borramiento selectivo y fluctuante entre proceso primario y secundario, y una captación de lo que, en determinado momento está bien discriminado como extrapsíquico, para que pueda devenir en apoyo necesario para un mecanismo intrapsíquico de naturaleza inconsciente (Matrajt, 1994, 1997).

Nuestra posición en relación a las determinaciones sociales, sigue a Deleuze y Guattari. Consideramos que el inconsciente se va estructurando, desestructurando y re-estructurando a lo largo de toda la vida, en función de los diversos flujos sociales que constantemente lo atraviesan y modifican.

Los límites de espacio me impiden detenerme en un conjunto de características de las "nuevas locuras" señaladas. Sólo mencionaré algunos, ya desarrollados en otros escritos. Para empezar hay una legitimación de los actos por

banalización, o sea una justificación por el placer y/o por la supuesta asunción de una heterogeneidad, de una posición más libre, una nueva estética, frente a una proyección en el psicoanalista de una sexualidad conservadora. En segundo término, la ineludible escenificación para dar soporte a la función defensiva. En tercer lugar, la discusión acerca de la pulsión de muerte (Freud, 1950, y Fédération Européenne de Psychanalyse, 1986) en la complejidad causal. En cuarto lugar, un aspecto crucial que merece mayor desarrollo: el trastorno de identidad. Si bien mencionamos la aproximación deleuziana-guattariana a la producción de dinamismos inconscientes, en los casos que hemos mencionado en este escrito hay uno muy significativo: la producción de desesperanza. Frente a ésta, se yerguen una serie de satisfactores (circuitos accesorios de producción/consumo), como celulares, internet y amantes virtuales.

## Referencias bibliográficas

- Baremblyt, Gregorio: *Introdução à esquizoanálise*, Biblioteca do Instituto Felix Guattari, Belo Horizonte, 1998.
- Bleger, José: *Psicología de la conducta*, EUDEBA, Buenos Aires 1964.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Felix: *El Antiedipo* Paidós, Barcelona, 1975.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Felix: *Política y psicoanálisis*, Terra Nova, México, 1980.
- Guattari, Felix: *Psicoanálisis y transversalidad*, Siglo Veintiuno, México, 1976.
- *Chaosmose*, una entrevista a Guattari, Cimères No. 23, Paris, 1994.
- *Les trois écologies*, Editions Galilée, Paris, 1989.
- DSM IV: Editorial MASSON SA, México, 1995.
- Fédération Européenne de Psychanalyse: *La Pulsion de mort*, PUF, Paris, 1986.
- Freud, Sigmund: *Introducción al narcisismo*, Editorial Aguilar, Buenos Aires, 1950.
- *División de la personalidad psíquica*, Editorial Aguilar, Buenos Aires, 1950.
- *Más allá del principio de placer*, Aguilar, Buenos Aires, 1950.
- Fromm, Erich: *El miedo a la libertad*, Paidós, Buenos Aires, 1960.
- *Sociopsicoanálisis del campesino mexicano*, Paidós, México, 1966.
- Kernberg, Otto: *La agresión en las perversiones y en los desórdenes de personalidad*, Paidós, México, 1990.

- *Borderkine conditions and pathological narcissism*, Janson Aronson New York, 1975.
- Lacan, Jacques.: *Las formaciones del inconsciente*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1970.
- *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Paidós, México, 1982.
- Matrajt, Miguel: *Acerca de la drogadicción en la adolescencia*, en Actas del Congreso Internacional sobre adolescencia, UAM, México, 1980.
- "La corriente hegemónica en salud mental", en *Subjetividad y Cultura*, No. 4, 1995.
- *Las enfermedades mentales en la República Mexicana*, Ed. Taller Abierto, México, 1987.
- *La salud mental pública*, UAEM, Cuernavaca, 1992.
- *Estudios en salud mental ocupacional*, Ed. Taller Abierto, México, 1994.
- *Saúdeloucura, a clínica como ela é*, Editora Hucitec, Sao Paulo, 1997.
- "La fabulación-convicción", en *Subjetividad y Cultura*, No. 11, México, 1998.
- "Gino", en *Subjetividad y Cultura*, No. 13, México, 1999.
- Pichón Rivière, Enrique: *Del psicoanálisis a la psicología social*. Nueva Visión, Buenos Aires, 1975.
- Reich, Wilhem: *Análisis del carácter*, Paidós, Buenos Aires, 1961.
- Socárides Carl: *Las perversiones sexuales*, Gamma Editorial Guadalajara, 1994.
- Winnicott, D.: *El rol de espejo de la madre y de la familia en el desarrollo del niño*, Realidad y juego, Granica, Buenos Aires, 1972.
- *Processus de madurarion chez l'enfant*, Petite Bibliohtèque Payot, Paris, 1974.